

ELECCIONES QUE SE AVECINAN

Pedro Zabala

En marzo nos van a convocar para otras elecciones generales. Y de nuevo, si queremos ejercer el derecho al voto de forma responsable, hemos de meditar en conciencia las consecuencias del mismo. Para contribuir a ello, van estas reflexiones, naturalmente subjetivas y parciales, por si pueden ayudar a algunos. Como en todas las cosas, hemos distinguir entre el fondo y la forma, sabiendo además que ambos son igualmente importantes.

¿Qué es lo decidiremos con nuestros votos?: los gobernantes de los próximos cuatro años. Se trata de personas y también de programas, aunque a estas alturas, hasta el más lerdo sabe que una cosa son las promesas en campaña y otra los hechos cuando llegan al poder. Hay dos fuerzas mayoritarias que, a mi juicio, si las analizamos en profundidad no difieren sustancialmente la una de la otra. Y eso es así, porque por encima de sus ideologías originarias, su objetivo máximo es la conquista del poder y saben que la mayor cantera de votos se encuentra en ese sector mayoritario de la sociedad actual, llamado centro, conservador y pacato, que por encima de todo ansía que le dejen disfrutar apaciblemente de su actual nivel de vida, con seguridad y sin extremismos. Así que unos juegan a definirse como centro-derecha y otros centro-izquierda. De ahí, el esfuerzo enérgico que se ven obligados a hacer para subrayar sus diferencias accidentales de manera que los votantes se decidan a tomar partido entre ellos y los rivales. Esto lo podemos observar en los temas que seguramente van a ser estrella en la campaña electoral que nunca ha cesado.

El primero consiste en el juego ya iniciado de yo soy más patriota que tú. No es un secreto el rebrotar del nacionalismo español, que la transición adormeció, tras los excesos del franquismo. A este renacer, han contribuido en primer lugar el envalentonamiento de los nacionalismos periféricos, catalanes y vascos. El estatuto de Cataluña, aprobado en su Parlamento, y rebajado en las Cortes

Generales y recurrido por el PP ante el Tribunal Constitucional. La propuesta soberanista y de exigencia de autodeterminación del lehendakari Ibarreche. La guerra de las banderas y la quema de retratos del monarca son el brillo superficial de esa contienda más profunda. El PP ha embestido raudo en esta lid. Con ella se asegura, además, la continuidad de esos votos que tienen prestados de la extrema derecha. Pero ocurre además, las oleadas de inmigrantes que están llegando a nuestro suelo, legales o sin papeles. La xenofobia creciente es uno de los alicientes de ese fervor neoespañolista. Y suicidamente, un partido que se dice democrático, no duda en alimentarla subliminalmente, al usar este tema contra el gobierno de ZP, haciéndole responsable por el efecto llamada -dicen-, de esa llegada masiva de emigrantes. La búsqueda desesperada de letra para el himno nacional, los gestos gubernamentales de afirmaciones patrióticas, la visita de los monarcas a Ceuta y Melilla, se enmarcan en este rifirrafe. Para echar más leña al fuego, el fracaso de la cacareada negociación con ETA y la reanudación por ésta de sus actividades terroristas y la manipulación política de asociaciones víctimas del terrorismo contribuyen a que el clima que se decía de patriotismo constitucional de la transición se haya evaporado casi por completo.

El segundo tema que ha empezado ya a ser constante en las diatribas electorales es el económico. Hemos tenido unos años de acelerado desarrollo macroeconómico. Los indicadores que suelen usarse para medirlo nos lo señalaban así. La buena coyuntura de un mundo globalizado, el dinero barato, la masiva incorporación de la mujer al mundo laboral y la llegada de inmigrantes que ocupaban puestos de trabajo rechazados por los españoles favorecieron este crecimiento. Una buena parte de la sociedad alcanzó niveles de confort material, desconocidos anteriormente. El resto se depauperaba en términos absolutos y relativos. Este indudable avance econó-

mico tenía sus talones de Aquiles: su base era la industria del ladrillo, con un desmesurado aumento del parque de viviendas y una feroz especulación urbanística; el endeudamiento de adquirentes de pisos en hipotecas a plazos cada vez más largos; las condiciones indignas del trabajo: la práctica congelación de salarios, el aumento de la temporalidad y de los siniestros laborales, el incremento forzado de la contratación autónoma de trabajadores que siguen al servicio del mismo empresario, la escasez de investigación y de formación, la amenaza constante de la deslocalización de las industrias hacia países más atrasados. Pero han llegado ya las vacas flacas: el petróleo por las nubes; la crisis del mercado hipotecario; el encarecimiento del dinero; la desaceleración de la construcción; el rebrote de la inflación sobre todo en los precios de la cesta de la compra... En este marco ya tenemos la demagogia electoral servida: el gobierno es el responsable. Hay que reducir los impuestos, proclaman todos, aunque en distinto grado. La verdad es que los dos aceptan dócilmente los dogmas del liberalismo económico y se niegan a intervenir el mercado regulado por oligopolios crecientes y, además, dentro del marco globalizador, de la Unión Europea, de la moneda única y del Banco Central europeo las posibilidades del gobierno son más bien reducidas.

El otro gran tema que emplean, al menos sus portavoces más agresivos, para encender la opinión pública es el del atentado del 11-M en Madrid. La sentencia del macrojuicio no ha apagado la discusión. Quienes se niegan

a aceptar que no haya inductores intelectuales al atentado en nuestro país se enfrentan a quienes consideran que si actuaron en España los terroristas islamistas fue como consecuencia directa del apoyo incondicional del gobierno Aznar a la guerra de Irak. Los unos olvidan que la sentencia no dice que el imputado como inductor no lo haya sido, sino que no hay pruebas suficientes para condenarle y, por lo tanto, lo ha absuelto de este delito. Y la guerra de Irak pudo haber acrecentado las ganas terroristas contra nosotros, pero la causa principal es que somos un país occidental y encima nuestra preparación para prevenir este terrorismo internacional era mínima. En realidad, lo que ocurre es, a mi juicio, que no se han digerido bien los resultados de las últimas elecciones generales. Los unos porque no esperaban ganarlas y sólo la torpeza o la mala intención de los gobernantes anteriores al atribuir el atentado a ETA pareció propiciarles su triunfo. Y los otros, porque lo creían seguro y vieron cómo se les esfumaba de las manos.

La agresividad y las descalificaciones recíprocas han sido el tono habitual estos casi 4 años, Y es de prever que el calor de la proximidad electoral los encienda cada vez más. Me temo que la diatriba dialéctica para suscitar emociones irracionales, sustituya a una argumentación serena que exponga a la ciudadanía sus proyectos de gobierno. Lógicamente, han de partir de análisis dispares de la situación y con argumentos derivados de su ideología originaria.

Una vez más se pondrán de manifiesto los males de un sistema electoral, proyectado



desde el miedo de la transición hacia el futuro. La ley d'Hont seguirá favoreciendo a los partidos mayoritarios en detrimento de los pequeños. Y los otros partidos nacionalistas –catalanes, vascos y gallego- obtendrán una cuota de poder superior a su fuerza real. Algunos envidian el sistema electoral francés a dos vueltas. Confesaré que prefiero el inglés de distritos unipersonales (en cada circunscripción electoral se vota un solo candidato), donde la conexión entre elector y elegido es máxima. Aquí, la prohibición constitucional del mandato imperativo se defrauda en provecho de la estructura jerárquica y antidemocrática de los partidos políticos.

Espero que estas reflexiones ayuden a discernir la decisión a tomar cara a las elecciones; éstas u otras, quizá más informadas y atinadas. Y después de meditar, podremos elegir la candidatura que nos parezca mejor o la menos mala. Claro que caben otras opciones: la del voto en blanco de quienes son demócratas, pero quieren manifestar su rechazo a las opciones ofertadas. Porque la otra, abstenerse, a mí no me parece digna de un ciudadano responsable.